

TIEMPO Y DISTANCIA: LA GRAN RUEDA DE LA VIDA

ALFONSO MACHORRO FLORENCIO

DEPARTAMENTO DE SÍNTESES CREATIVA
UAM XOCHIMILCO
machorro.alfonso142@gmail.com

Somos una oportunidad en la vida, realidad pasajera; existimos como pensamiento razonado y lógica dialéctica de la conciencia. Nuestro tiempo de vida es corto y el destino de nuestra memoria inmortal. El hombre frente a lo incierto y desconocido dedica su tiempo a la meditación, a la disertación y comprensión del mundo, creando un lenguaje: el símbolo. El hombre obstinado por entender el misterio de la creación se convierte en hermenauta del código universal, de forma indisoluble lo motiva la incertidumbre de su existencia. Para culturas enteras la vida es tránsito y permanencia en el mundo, después de eso, la trascendencia; la conciencia incorpórea que pasa a un nivel superior consiguiendo la inmortalidad, en Oriente, por ejemplo, esta inmortalidad consiste en la autosuperación viviendo en armonía con la naturaleza y para otros, la vida es sólo un recorrido narrado como una prosa corta, después el olvido, sin nada que dilucidar.

Hombres y mujeres nacemos distinguiéndonos como personas distintas, la diferencia universal confirma la única versión de cada uno de nosotros y la igualdad de esta unicidad pertenece a nuestra humanidad, se dice que cada cabeza es un mundo así como estrellas en el firmamento, conectados de manera energética unos con otros, la creencia es que la vida esta íntimamente unida al cielo y a la tierra como parte substancial del código universal.

El principio del todo siempre tendrá un final, el *uróboros* de la mitología nórdica se representa como serpiente que se engulle a sí misma representando la destrucción y de nuevo la creación, destino impostergable del eterno

retorno o al menos para la fe de los que creen en el viaje de la muerte para volver a nacer.

Cada uno posee un tiempo asignado para algo, somos un engrane en la gran rueda de la vida, lo creamos o no tenemos la responsabilidad primero de nosotros mismos y luego con los demás, lo que hagamos determina el destino y la oportunidad de contribuir en el equilibrio y las transformaciones del mundo, cuando rompemos con esta armonía viene el caos. Por desgracia ya lo padecemos porque el equilibrio se ha modificado y deteriorado. Este es un pronóstico anunciado en la creencia que en la unidad también somos oposición, la tradición oriental sostiene que los opuestos emergen cuando la única realidad verdadera se fragmentó para crear el mundo de las formas, esta oposición ayudó a simbolizar las emociones humanas. La psique humana rechaza de manera intuitiva la forma irregular representado con los bordes desiguales porque le representa la angustia y el desasosiego, en cambio, nuestra percepción encuentra sentimientos de paz interior en la simetría redondeada por patrones elocuentemente decorados, relacionando equilibrio intrínseco de la propia naturaleza como los mandalas: el "círculo sagrado o mágico".

Este "círculo" es una representación de la unión del individuo con el cosmos, con el infinito que le rodea, y de la integridad, la totalidad. El mandala se origina en el punto central y se construye hacia fuera, y podría prolongarse y expandirse hasta el infinito. El hecho de que esté cerrado hace que sea también la representación

de un lugar seguro, ya que esa línea que lo rodea simboliza una barrera de protección.¹

Sirven, además, para la meditación, pues el psiquiatra Carl Jung descubrió propiedades benéficas en la psicoterapia. Somos parte de lo que representan los símbolos, como la cruz para los cristianos o lo significativo que resulta la creencia en el horóscopo, las representaciones simbólicas son destino místico o tabú en lo tangible del mundo real y la condición de ritual aún persiste subsecuente al enigma y al misticismo alrededor del mundo y en toda época. Paul Ricœur menciona:

Dentro del universo sagrado no hay criaturas vivientes aquí y allá, sino que la vida está en todos lados como algo sagrado, que impregna todo y que se ve en el movimiento de las estrellas, en el renacer de la vegetación cada año y en el ciclo del nacimiento y la muerte. Es en este sentido, en el que los símbolos están confinados dentro del universo sagrado: los símbolos sólo acuden al lenguaje en la medida en la que los elementos del mundo se hacen transparentes. Este carácter confinado de los símbolos es el que establece toda la diferencia entre el símbolo y la metáfora.²

Hay un patrón recóndito de semejanza en nuestro código genético, en algún lugar escondido de la nucleína humana existe como un ensueño involuntario de la realidad evolutiva, que somos arte-metafísica y geometría, trinomio esencial de la pulsión ontológica, fundamento del pensamiento ancestral y la intuición imaginativa. Símbolo y significado del origen del *homo simbólicus*, epítome de la conciencia y comprensión del mundo. El nombre de estos hombres se desconoce, pero quien haya existido antes que nosotros dejaron la evidencia de su presencia representando al viento, al fuego, al agua y a la tierra, simbolizando su grandeza como un nudo de interconexión causa y efecto, cuidaban que todo fluyera en la armonía del universo material como espiritual. Hoy ¿qué cuentas daríamos al respecto?

1. Antonio Lamúa, *Los secretos del infinito 150 respuestas al enigma*, Ilus Books, Madrid, 2012, p. 294.

2. Paul Ricœur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI Editores, México, 2014, p. 74.

El ser humano aprendió a escuchar el silencio de las montañas y hacerse parte de la ley natural del cosmos. Comprendió que el rugido de las bestias avisaba de los límites de su territorio, estableciendo que el silencio y el rugido se oponen y complementan, el yin y el yang; el hombre paciente y a la vez incitador y el *tao* la fuerza extrema de la unidad. La tribulación de que la vida de la montaña y el rugido de la bestia han sido exterminadas ¿qué será lo que ahora nos concilie con el universo?

En apariencia, el hombre ganó su lugar en la cadena trófica como el único capaz de sobrevivir por sobre todas las cosas, apoderándose de la vida animal y vegetal, destruyendo y aniquilando a la naturaleza; sin embargo, todo ahora está en contra nuestra, la paciencia acabó siendo ultrajada, ahora la unidad universal sólo la determina la incitación y la destrucción volviendo al temor y a la incertidumbre de lo desconocido, no falta mucho para comenzar a hacernos las primeras preguntas que se formularon nuestros ancestros; quiénes y qué somos, y más aún, ¿en qué va a parar todo esto?

¿Cómo habrá enfrentado el hombre el miedo al fuego y cuánto tiempo le habrá llevado acostumbrarse al estruendo del rayo y saber que los movimientos de la tierra no eran castigos divinos? Nadie lo sabe, pero sin duda, esta confrontación implicó el comienzo por interpretar y significar las cosas perceptibles como enigmáticas del mundo y en algún momento (también desconocido) aquel hombre grabó en la piedra lo que podía comunicar y señalar lo intimidatorio como lo sorprendente de su ambiente.

El raciocinio primitivo comenzó a dar respuestas a los enigmas por medio del mito y los relatos fantásticos tan reales como verídicos para el hombre de su época, floreciendo así con profundas interrogantes donde ya no sólo se trató de dar respuestas concretas de la realidad, sino de revelar el misterio de la creación universal; de discernir lo desconocido y más allá de su entendimiento, fue a buscar los secretos ocultos de la naturaleza, el bienestar corporal y espiritual. Éste fue el mayor secreto develado; los patrones armónicos y la perfección numérica ayudaron a establecer la certeza de que los arcanos eran inspirados por la voluntad espiritual, así, la construcción de santuarios fue inspirada por la geometría sagrada y la proporción divina.

Tal vez (y sólo como una aventurada idea) la redondez de la luna haya contribuido al invento de la rueda y bajar

ese mecanismo de analogía, los esquemas de trazo fueron la comprensión de la geometría simbólica y la compulsión por buscar significados haciendo que la piedra se orientara hacia el Sol y hacia la Luna, y que la fascinación por el cielo y las estrellas se ordenara explicándolas por constelaciones, mientras que la astrología atribuyó influencia en la conducta de las personas.

El pensamiento antiguo contribuyó a la creencia del *orden desconocido*, la conclusión fue que aquella grandeza visible no podía ser más que la obra creada por algo superior al ser humano, ¿por qué no ser parte de esa grandeza develando el misterio de la creación? Y fue tanto el poder de la fascinación ejercida que el ritual de la ornamentación no sólo se esculpió en la piedra, sino también el decorado geométrico tatuó el cuerpo y la imagen alquímica de la mitología, influyendo desde entonces el destino del hombre. Las poligonales geométricas pintadas fueron la conexión del hombre con el cosmos, el heliocentrismo simbólico determinó la naturaleza de la dualidad complementaria de la vida y la muerte interpretando la trascendencia del espíritu y la percepción del mundo.

Hoy las poligonales del mundo son absolutamente distintas, la ciencia y la tecnología han contribuido a la evidencia de que todo aquello sólo puede admitirse como figuras literarias para fundamentar lo inexplicable de cada cultura. La humanidad se ha conformado con la probidad y el desarrollo de la modernidad. Sin embargo, la creencia de lo inevitable seguirá siendo parte de nosotros, pues el científico como el tecnócrata, ante todo, son seres humanos. El hombre seguirá negándose a ser sólo parte de un instante en la creación del universo, persistiendo en encontrar algo más allá de la evidencia real; ante la incertidumbre del futuro hacemos pronósticos para el destino tratando de tener certeza de lo que pueda ocurrir.

Seguiremos soñamos el mundo de manera unidimensional a pesar de que éste ahora es de complejidad tetradimensional; seguiremos realizando símbolos que representan nuestra existencia y semejanza en la complejidad de nuestros ancestros unidos por el pasado. Nuestro *homo antecesor*, si bien cuestionó lo intangible, lo irreal y lo inimaginable de la naturaleza, hoy nos igualan teorías disimiles como, por ejemplo, la *dialéctica de la infinitud* que “Para Hegel, el infinito verdadero es la totalidad de los momentos del ser que se determina en cada uno de los límites

puestos por el devenir universal (...) El infinito es, pues, el todo o la totalidad de lo real. De aquí se deriva que sólo lo verdadero es el todo”,³ resulta incomprensible para los profanos de la ciencia entender la concepción real del infinito, lo creíble y legítimo se entiende deduciendo por medio de la interpretación simbólica. ¿Cómo representaría Hegel su afirmación de manera simbólica demostrando que su argumento es real y creíble? Solo así podríamos deducir que lo intrincado del discurso del arte, de la geometría y de toda representación realizada por el ser humano, por muy sofisticada o compleja que sea, nos aproxima al entendimiento de lo incomprensible más allá de toda realidad perceptible.

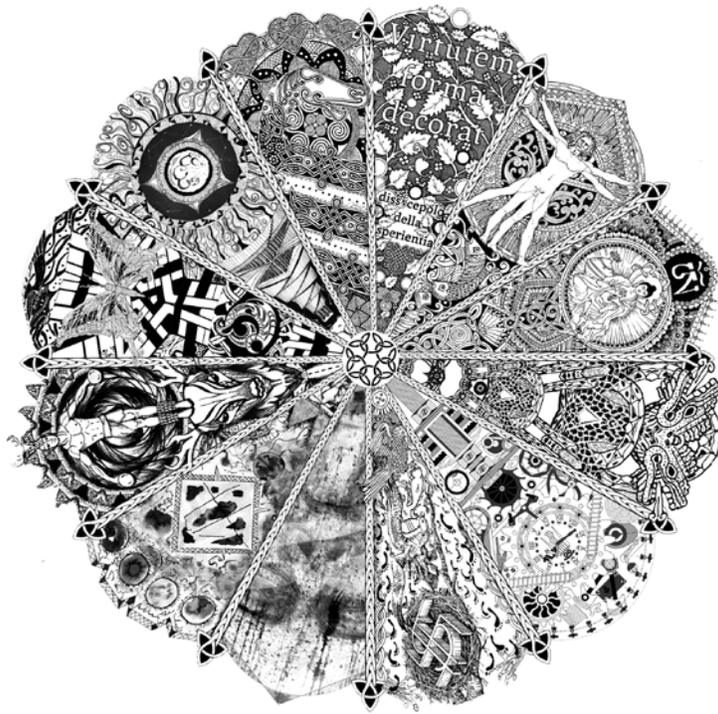
¿El calendario es tiempo que necesitamos medir?

2018. Todos deberíamos seguir siendo *homo simbólicos* porque trataríamos de darle significado a lo incomprensible de este mundo, lo que ocurre en nuestros días no es para menos, pero ya no podrá ser así; somos evolución tecnológica y científica, la geometría y su simbolismo pasó a planos menores. Ahora sólo miramos sin sorpresa alguna fragmentos de “eternidad incorpórea” en la pantalla de teléfonos móviles y computadoras, creemos lo que nos conviene creer; nos volvimos limitados en la clarividencia e ilimitados en el pensamiento porque hemos llegado al límite supremo de haber superado el miedo de nuestros ancestros. Sin embargo, esto parece no ser del todo cierto, se nos vuelve a mostrar que aún somos vulnerables ante lo irreal como incomprensible del acontecer humano, tan erráticos como ofensivos y, por otro lado, los sucesos naturales advierten que lo que creemos como casualidades son patrones y códigos entre el cielo, la Tierra y el mismo universo que han sido alterados, urgiendo volver a preguntarnos, como los antiguos primitivos frente a la paradoja del tiempo, ¿qué nos depara el futuro y cual es nuestra actitud frente a ello?

FUENTES CONSULTADAS

- LAMÚA, Antonio, *Los secretos del infinito 150 respuestas al enigma*, Ilus Books, Madrid, 2012.
RICŒUR, Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI Editores, México, 2014.

3. Antonio Lamúa, *Los secretos del infinito...*, op. cit., p. 266.



Héctor Peralta



Alfonso Machorro



Cristina Rodríguez



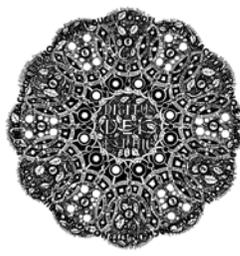
Blanca R. Ramírez



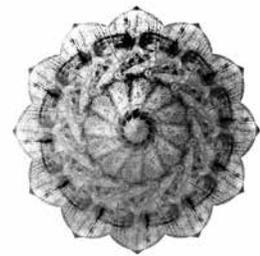
R. Angélica León



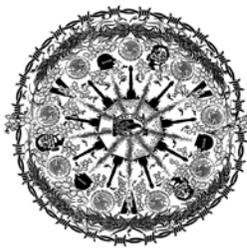
Iñaki Olaizola



Jorge Medrano



Martha Flores



Enrique Anzaldúa



Jesús Rangel



Jaell Durán



Roberto Padilla